

Sección 6

Problemas familiares

Y el abuelo se murió II.

Reflexiones sobre la presencia del abuelo en la vida de los niños

LA mayor cualidad de un educador —cualquiera que éste sea— es, probablemente, la de saber quedar «disponible» para los que se sientan tentados a recurrir a él. A este respecto es evidente que los abuelos, más aún que los padres, tienen la posibilidad de ser «educadores en estado puro». Son tanto más útiles cuanto menos pretendan ser indispensables. El interés afectuoso que muestran a todo lo que concierne a sus descendientes basta para recordarles a éstos que encontrarán en ellos una acogida favorable siempre que lo deseen. Lejos de servir de caja de resonancia de las preocupaciones educativas y familiares de sus hijos deben aprovechar la experiencia de que disponen para ayudarles a considerar todas las cuestiones que se presenten con el máximo de objetividad; es decir, poniendo cada cosa en su verdadera perspectiva, con sus verdaderas proporciones.

ANDRE BERGE



Cómo nació la vanidad de una mujer

MARGARITA bajaba a saltitos la escalera, botando sobre sus dos pies juntos, como hacen los gorriones al andar. Las manos atrás, escondiendo una sorpresa.

Iba junto a Sultán. Todas las mañanas lo encontraba dormido, tirado a la puerta de su caseta verde. Margarita se agachaba, le soplabá en la nariz y el perro se restregaba el hocico con las dos

patas, se levantaba, desperezándose con mucha solemnidad, y comenzaba a acosar a la niña con sus saltos y zalamerías. A veces parecía que hablaba.

Margarita traspasó el umbral de la puerta y la arena del jardín empezó a entretenerse jugando con su sombra. Su gran lazo azul en la cabeza parecía una mariposa gigante enredada entre los rizos de su pelo. Unas piernas ágiles y finas, un andar de pasitos menudos y presurosos... y detrás de la espalda la silueta de un panecillo... La sombra no sabía imitar la man-

tequilla y el azúcar que lo recurrían.

Se arrodilló delante de Sultán. Volvió a esconder detrás la sorpresa y le soplo en las narices... Nada... Volvió a soplar... Nada.

«¡Qué dormido está hoy!», pensó. Pero de repente se dio cuenta de que Sultán tenía los ojos abiertos. Una mirada inexpresiva neutra..., como esas miradas frías, vacías de inteligencia de los peces de colores de los estanques urbanos.

Tocó al perro y no se movió. Después se fijó que junto al collar tenía como una rosa pequeña, muy vieja ya, llena de moscas e insectos... Le dio repugnancia... Dejó caer el pan y echó a correr por el jardín.

—¡Doro, Doro... Sultán no se mueve!

Allí estaba Isidoro, el jardinero, cortando las rosas ya marchitas de unos rosales.

El rudo jardinero no sabía cómo dar la noticia a la niña. Estuvo un rato pensando una frase evasiva... La niña se le quedó mirando fijamente... Parecía que pensaba.

—¿Le pusiste tú una de esas rosas en el collar? ¿Y por qué están tan feas esas rosas? No son siempre bonitas las rosas?

Isidoro aprovechó el viraje de la inconsciencia de la niña.

—No, las rosas no son siempre bonitas. Primero son bonitas, después se van poniendo feas y después se mueren y hay que enterrarlas.

—¿Y Sultán también se ha muerto?

—También.

—¿Y las niñas también se mueren y se ponen feas?

—Después de que pase mucho tiempo también se ponen feas y después se mueren.

Margarita ya no pensó más en su perro. Y se fue a su cuarto y se miró al espejo. Le pareció que era muy bonita... Y ya todos los días se miraba al espejo: los ojos, los rizos, la nariz... Todavía no estaba fea.

¿Habría detrás de la vanidad femenina algo más que el gusto de verse bonitas y el temor de empeorar a ser feas?

Y algún día se descubre la vejez y la muerte

PARA los niños el descubrimiento de la vejez se hace en las personas queridas de los abuelos. Y por eso las imágenes infantiles de la vejez son más de ternura que de caducidad. Incluso son capaces de exaltar la belleza de la abuela de pelo blanco, acogedora y pacífica, o de idealizar los gestos de un abuelo que utiliza su imprescindible bastón para acariciar a las flores o señalar el vuelo de los pájaros de la huerta.

La espontaneidad de los niños acoge a los abuelos enfermos. Son los adultos los que necesitan llevarlos a una residencia de ancianos. Los nietos prefieren a los abuelos más cerca. Porque no hacen cálculos (gastos, trabajos extra, opiniones encontradas frente a todo), sino que viven sencillamente la presencia de unos viejos a los que se les quiere mucho.

¿Por qué los papás no querrán tanto a sus propios padres como los quieren los nietos? ¿Es que los niños no tienen miedo a ser viejos y sus padres se resisten a una edad que a ellos no va a tardar demasiado en llegarles? ¿Es que los niños sólo se sienten queridos y los padres se sienten juzgados por la presencia de los abuelos, que ya no mandan y casi ni opinan, pero que están presenciando la vida de cada día y todas sus impurezas?

Y un día el abuelo se muere y el niño se encuentra con que los ríos se pueden quedar estáticos, convertidos en hielo, que el agua ya no corre. Y reaccionan muchas veces como Margarita: pensando en que se pueden morir también ellos, y vienen esas noches de no dormir, de pedir a mamá que se quede con ellos a la vera de la cama, que les deje la luz encendida. Y que esté cerca de ellos, porque muchas veces el miedo es a que se les muera la mamá, la profesora preferida... Y sólo algunos niños, espontáneamente, piensan en cómo será la actual vida del abuelito, porque ninguno de ellos piensa en su desaparición total.

Muchas expresiones de los niños no manifiestan su sentimiento espontáneo, sino que nos reproducen las imágenes y el lenguaje que nosotros hemos fabricado por ellos en estas ocasiones: «Se lo llevó papá del cielo con él. Está con Dios en el cielo. Descansa, está feliz...»

Los niños no necesitan la dramatización de la muerte, sino su aceptación como una etapa normal en el ciclo vital. Y tampoco necesitan nuestras fabulaciones sobre el mundo de ultratumba: las que ellos inventan son tan inadecuadas como las nuestras, pero mucho más limpias y originales.

Comprendo que un padre o una madre, cuando se muere un abuelo, acaban de perder a su padre o a su madre. Pero su carga afectiva puede imponer a sus hijos una primera visión de la muerte excesivamente angustiada o partidista, desesperada y completamente inadaptada a la vicencia espontánea de un niño.

Muchas veces nos preocupamos de que los niños no se queden con una imagen macabra de la muerte y les evitamos que vean el cadáver del abuelo muerto. Y acertamos. Pero después cargamos la imagen de la muerte con nuestro descontrol, con nuestro abatimiento sin medida, con nuestra miopía para una verdadera visión de lo que

significa morir como experiencia humana única, profunda, verdaderamente creadora de una situación nueva y formidable.

Interrogantes y paradojas

1. ¿Los abuelos deben vivir en la casa de alguno de sus hijos, recibiendo mimo y atenciones y sintiendo que toda la entrega a sus hijos es ahora reconocida con nobleza y con un amor verdadero?
2. ¿Los abuelos deben vivir en la casa de alguno de sus hijos, aunque esto les haga sentirse recibiendo cada día una limosna obligada y sintiendo coartada su libertad de acción y hasta de opinión?
3. ¿Los abuelos no se sentirán más cómodos con una vida independiente, en algún sitio donde tengan satisfechas sus peculiares necesidades, de tal manera que, cuando se encuentren con sus hijos y con sus nietos sólo se viva la alegría de encontrarse a gusto y sin la sombra de los conflictos de cada día?
4. ¿Es bueno que los abuelos convivan con los nietos y les mimen, moderando con su sano y experimentado relativismo el rigor ansioso de los padres?
5. ¿Es bueno que los abuelos convivan con los nietos, haciendo presentes las exigencias de la educación clásica, contrapesando la falta de visión de unos padres «snobs» que no se dan cuenta de que la experimentación en educación es el caso más crítico de experimentación en seres humanos?
6. ¿Es bueno que los abuelos convivan con los nietos y así mantengan la ilusión por vivir, rejuvenezcan un poco su espíritu y vivan, en contrapunto con el rechazo de una sociedad de consumo que les elimina como improductivos, la aceptación de unos niños que los quieren por bondadosos, indulgentes, comprensivos, amables y cercados con una debilidad específica que es la ausencia de toda imposición?
7. ¿Es bueno que los abuelos convivan con los nietos y les saturen con sus historias y ejemplos del pasado, poniéndoles nerviosos con su continuo rechazo de todo lo que es ruptura juvenil con las tradiciones y costumbres rutinarias y sin auténticos valores humanos?

8. ¿Es bueno que los abuelos convivan con los nietos, desconcertándolos con sus excentricidades, imponiendo sus exigencias en el ritmo de la casa y reclamando, en nombre de la veneración de la vejez, un cúmulo de arbitrariedades, tanto en acaparar el tiempo y las personas como en imponer un estilo de vida doméstico completamente inadecuado para los niños?
9. ¿Es bueno que la madre sea la enfermera del abuelo y no la cuidadora de los hijos en sus pequeñas necesidades y en sus grandes problemas de cada día?
10. ¿Es bueno dar un criterio general sobre la convivencia con los abuelos, cuando cada caso es tan originalmente distinto? ¿Alguien tendrá derecho a censurar lo que cada familia resuelve acerca de la convivencia con los abuelos, habiendo tantas y tan sutiles variables en juego?



Para comprender mejor al abuelo

TODOS conocemos abuelos encantadores. Y para la mayoría de los niños, sus abuelos son encantadores.

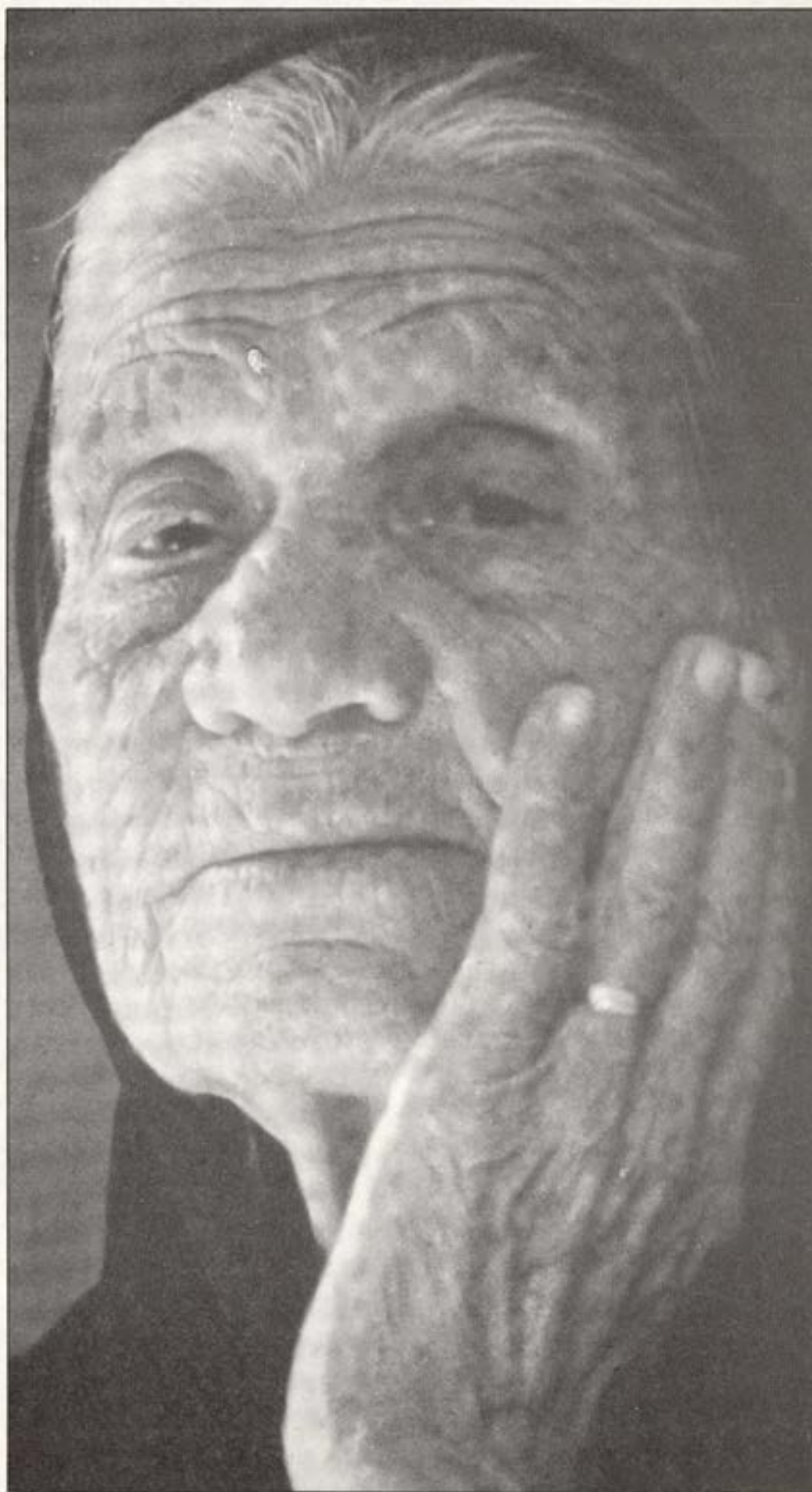
Pero para muchos adultos no lo son tanto. Porque los identifican con la imagen-tópico del anciano: alguien caduco, gruñón, aferrado al pasado y aportando su experiencia personal como pauta de vida. Solos, rechazados, inútiles, cercanos a la muerte.

Pero... sólo son tópicos, aunque algunos biólogos, y sociólogos, y cronistas de vidas familiares quieren defender esa tesis.

Pienso que hay que distinguir entre los abuelos bien educados y los abuelos mal educados.

Cuando un abuelo está bien educado, se acepta (y se aceptó toda su vida). No teme la crítica ni ahuyenta a los débiles, que se sienten acogidos por él. Vivió haciendo lo que pensaba. Nunca temió lo nuevo y ahora tampoco. Siempre fue original y valoró todo lo que significaba creatividad. Su vejez es plenitud, una especie de liderazgo de valores maduros.

Pero cuando el abuelo está mal educado, cuando no se ha sentido aceptado por los demás (ni siquiera se aceptó a sí mismo), entonces su vida se hace desagradable, porque va a descargarse en los otros la tragedia que lleva en sí



**Personas son los niños y personas son los abuelos.
La vida humana es de todos.
¿Habrá amor para todos?**



mismo: eterno culpador, profeta de las desgracias e inquisidor de cualquier actuación y hasta intención de los demás. Exige, exige, exige lo que él mismo ha sido incapaz de lograr. No es capaz de compartir; sólo de exigir. No respeta a las personas, ni se ha sentido nunca respetado ni querido. Y el final es peor que cualquiera de los capítulos de esta triste historia personal.

Comprendo que es difícil aguantar las deficiencias higiénicas diarias de un anciano. Pero es mucho más difícil aguantar sus profundas simas psicológicas, que él no va a admitir y que, con sutiles mecanismos, va a canonizar o hacer eje de un único e inapelable estilo educativo.

Sólo existe un camino para la convivencia: aceptar al anciano maleducado tal como es. Y procurar que nuestro itinerario personal (y el de nuestros hijos) vaya por otros derroteros.

«¡Qué bien sientan las canas en juicio y a los ancianos saber aconsejar! ¡Qué bien sientan a los ancianos la sabiduría, el consejo y la prudencia a hombres venerables!»

Textos para ser leídos pensando en los abuelos

DE LA BIBLIA

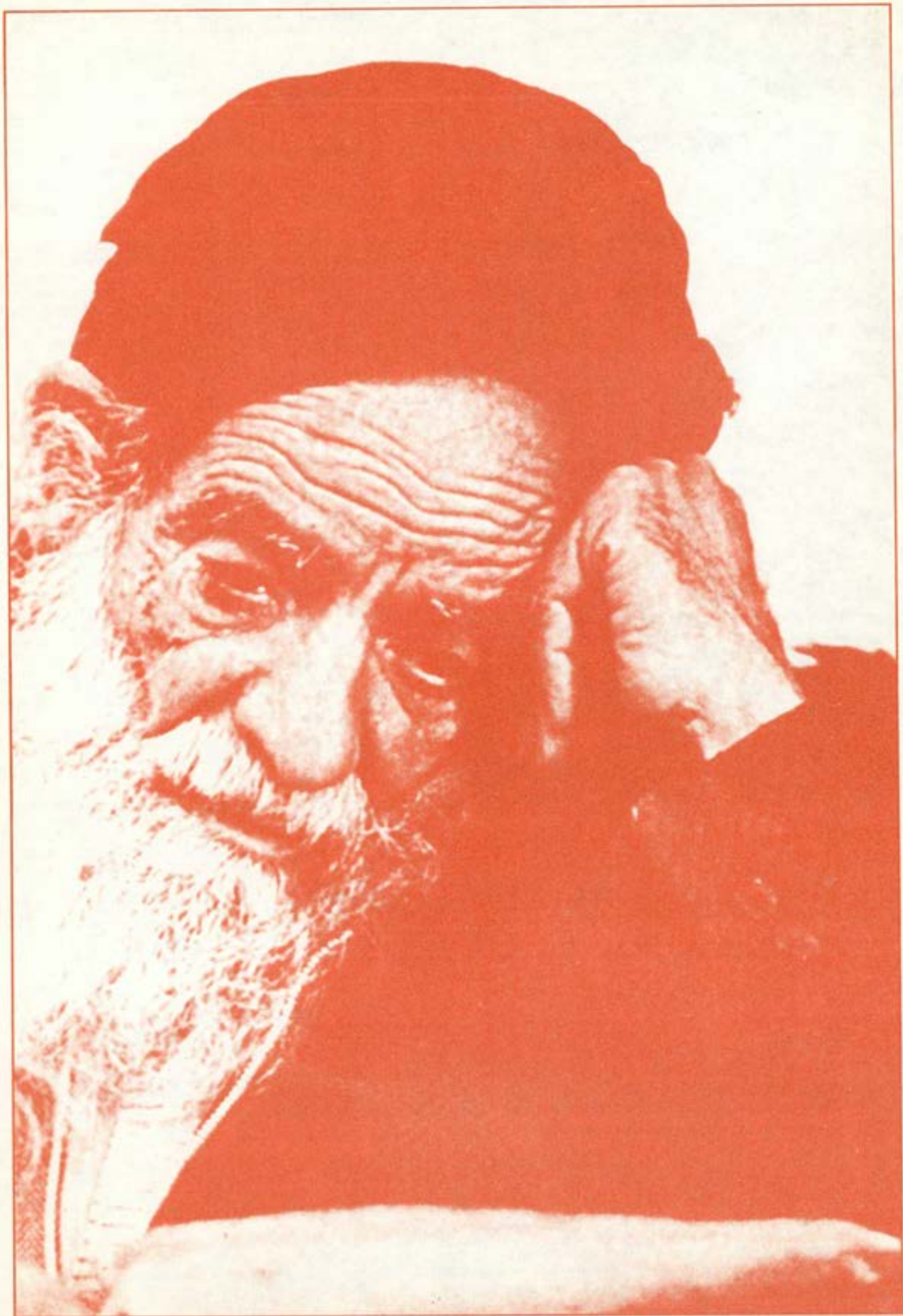
1. *Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas. No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Lo que pasó, eso pasará. Lo que sucedió, eso sucederá: nada hay nuevo bajo el sol. Si de algo se dice: «Mira, esto es nuevo», ya sucedió en otros tiempos mucho antes de nosotros. Nadie se acuerda de los antiguos y lo mismo pasará con los que vengan: no se acordarán de ellos sus sucesores. (Eclesiastés, 1, 8-11.)*
2. *El Predicador, además de ser un sabio, enseñó al pueblo lo que él sabía. Estudió, inventó y formuló muchos proverbios; el predicador procuró un estilo atractivo y escribió la verdad con acierto. Las sentencias de los sabios son como agujas o como clavos bien clavados de los que cuelgan muchos objetos: las pronuncian un sólo pastor. (Eclesiastés, 12, 9-11.)*
3. *En la juventud no has hecho acopio: ¿cómo quieres encontrar en la vejez? ¡Qué bien sientan las canas en juicio y a los ancianos saber aconsejar! ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría, el consejo y la prudencia a hombres venerables! La*

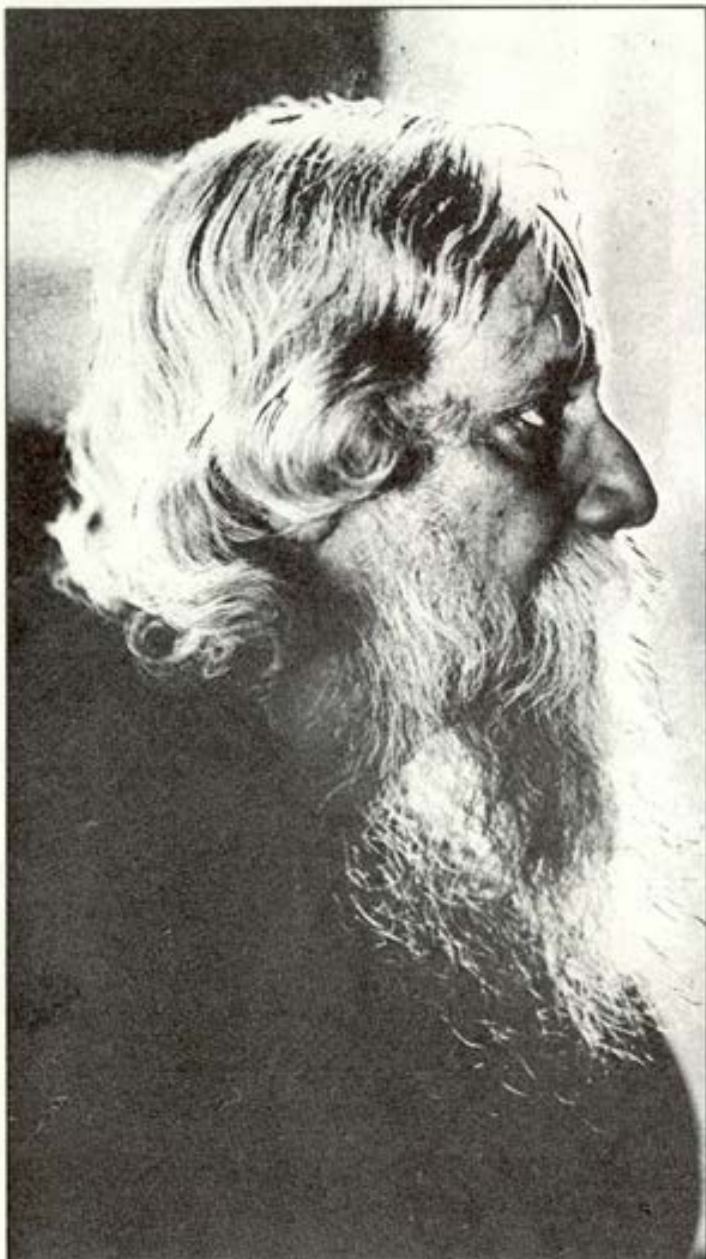
experiencia es corona de los ancianos y su orgullo es el temor del Señor. (Eclesiástico, 25, 3-6.)

4. *Alegría del corazón es vida del hombre; el gozo alarga sus años. Celos y cólera acortan los años; las preocupaciones aviejan antes de tiempo. (Eclesiástico, 30, 22-24.)*
5. *El justo, aunque muera prematuramente, tendrá descanso. Vejez venerable no son los muchos días, ni se mide por el número de años: canas del hombre son la prudencia, y edad avanzada, una vida sin tacha. (Sabiduría, 4, 7-9.)*

CICERON

6. *Porque ninguno hay tan viejo que no piense vivir un año. Pero también trabajan en cosas que tienen certeza que ellos no han de disfrutar. (La vejez, cap. VII.)*
7. *Porque el que vive en estudios y trabajos no siente cuándo le llega la vejez. Así, poco a poco, y sin sentir, se va la edad envejeciendo, y no se*





quiebra de repente, sino que a fuerza de mucho vivir, se acaba. (La vejez, cap. XI.)

8. *Y estoy sumamente agradecido a la vejez, que me ha aumentado el deseo de conversar y me ha quitado el de comer y beber. (La vejez, cap. XIV.)*
9. *Piensen los viejos que los desprecian, que los tienen en poco y que se burlan de ellos; además, cualquiera ofensa en su cuerpo caduco y delicado es de mucho sentimiento; mas todo esto se hace más dulce y tolerable con las buenas costumbres y ejercicios honestos. (La vejez, cap. XVIII.)*
10. *Ni tampoco me pesa de haber vivido, porque he vivido de modo que no me parece haber nacido en balde y salgo de esta vida como de una posada, no como de una casa; porque no nos ha dado la naturaleza casa donde habitemos, sino posada donde paremos poco... La vejez es en la vida como la última jornada de la comedia, cuyo cansancio debemos huir, particularmente si se añade el estar hartos y satisfechos de vivir. (La vejez, cap. XXIII.)*

RABINDRANATH TAGORE

11. *Yo llevo en mi mundo en flor los mundos todos que fracasan.*
12. *El grande nace niño, y cuando muere le da su niñez grande al mundo.*
13. *Nadie da gracias al cauce seco del río por su pasado.*
14. *«Dicen los sabios que un día os apagaréis», gritó el gusano de luz a las estrellas. Las estrellas no respondieron.*
15. *Soy la nube de otoño, ya sin lluvia. Mira mi plenitud en el arrozal maduro.*

Joaquín M.^a García de Dios

ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Lab. 6: Problemas familiares 09: Entrevistas

Uno de los temas más sugestivos, y que nos pueden dar una pista más segura de comprensión de la figura y persona de los abuelos, es el de su continua evocación del pasado: como recuerdos, como refugio, como seguridad, como medida de comparación para enjuiciar el presente...

Deben leerse estos dos documentos:

- Del libro de Emilio Mira y López: *HACIA UNA VEJEZ JOVEN*. Kapelusz. Buenos Aires. El capítulo VIII: «La vejez y el pasado».
- Del libro de Simone de Beauvoir: *LA MUJER ROTA*. Edit. Suramericana. Buenos Aires. el primer relato: «La edad de la discreción».

Después formular en el grupo como unas 15 preguntas de interés sobre este tema. E invitar a un experto en psicología de la vejez para hacerle una entrevista con esas preguntas preparadas y las que después vayan surgiendo de todo el grupo.